

SALTO MORTAL

por Daniela Cavarozzi Haddad
1º año Letras

-Vamos mamá, sólo un salto más -dijo Sarah mientras que sus rubias y deshechas trenzas golpeaban rítmicamente como pueriles latiguillos en su espalda.

Un salto más y el vestido de raso amarillo con rayas y listón azul cosido por su madre, la mejor modista judía de toda Varsovia, se batía exhausto dejando ver las enaguas de encaje de Bruselas.

Un salto y más que un salto más, que cada tarde suplicaba aquella chiquilla incansable, gozosa al verse rodeada por el rápido vértigo de la torsada, amarillenta cuerda, que en su circular y monótono trayecto casi se topaba con sus pies, levantados magistral y acompasadamente en el momento exacto en que tocaba el piso y volvía a ascender en su cíclica rutina.

-Uno, dos, tres, para adelante; cuatro, haciendo ocho con los brazos; cinco, seis, siete, vuelvo a empezar, ahora para atrás. -Y con cada salto, saltaba la fuente, la glorieta, los abedules, la desnuda pareja de mármol, su madre que tan quieta parecía estar sentada en esa banca del parque, custodiándola con su mirada protectora, mientras manipulaba con hábiles manos la pequeña pero precisa tijera de costurera.

Y con cada salto se volvía más fuerte, más bonita, más grande; por lo menos eso decía su padre durante la conversación que tenía lugar en la cena, una vez que había llegado del Banco. Quería que sus hijos fueran fuertes, como sus padres y no le tuvieran miedo a nadie, ni a los que molestaban a los del Gheto, aunque los insultaran y rompieran sus vidrios dejando las ventanas tan filosas y agudas como sus metálicos gritos.

Saltando, de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, hasta que el letrero de "CLAUSURADO", paralizó el monumental edificio del Colegio de la Sinagoga Mayor, dejando en

silencio Salmos y Lamentaciones, clausurando el pensamiento.

Saltando, de la casa al parque y del parque a la casa, hasta que lo público se hizo prohibido y se levantó un nuevo monolito con esta inscripción: "A ESTA ✦ NO LA QUEREMOS EN NUESTRO CIELO", esculpida en los corazones de nazionalista hielo.

Saltó en su jardín.

Saltó en la cocina.

Saltó en el sótano, hasta que no lo hizo más.

Ya no se supo más de nada, nadie lo supo.

-Un médico, pronto, que el capitán se desangra -vociferó aterrado el oficial S.S. que veía como su compañero agonizaba sin esperanza, al mismo tiempo que lo increpaba inútil y salvajemente- ¿Quién te hizo esto?

-No me dejes -alcanzó a decir el moribundo-, aquella niña judía, uno, dos y tres, iba al campo; cuatro, cinco y seis, y se acercó al borde.

No pudo continuar porque murió, murió al fin.

Sigo yo, que observo la escena desde la obscuridad de mi rincón, aún oculta, con mis tijeras en la mano: se acercó al borde, donde la tierra estaba fresca, recién removida, sus piernas rozaban al saltar el húmedo y tosco delantal gris, mientras que saltaba; uno, pubertad; dos, su juventud; tres, un gran amor; cuatro, hijos, tal vez; cinco, madurez; seis, dulce vejez; al mismo tiempo que un gran sentimiento de odio, maldad e incompreensión se materializaron en semilla mortal, de plomo, que germinó en su blonda cabeza.

-Vamos Sarah, sólo un salto más -le dije yo, su mamá.

